

par de ésta, rumor de pisaditas como de seres alados que juegan y revolotean rozando apenas el suelo con blandos pies. «Ya os siento, ya os escucho, mensajeras de mi Madre—exclamé.—¿Venís á consolarme?... ¿Me traéis nuevas de la que es vuestra Señora y Señora mía?»

Las ninfas juguetonas siguieron revoloteando á mi alrededor, y el aire que movían sus flotantes túnicas me daba en el rostro. Del murmullo picaresco destacóse una voz que claramente me dijo: «Somos las *Efémeras* ociosas que hoy están libres, dueñas de los aires y del tiempo... La Madre, que se halla lejos, lejos, y también ociosa, nos ha mandado que juguemos y nos divirtamos sin más ley que nuestro albedrío. Venimos de embromar á Cánovas, y ahora la emprendemos con el buen Tito. (*Risillas mal sofocadas.*) Nos ha dicho Cánovas que quiere consultar contigo el problema matrimonial de don Alfonsito... Ja, ja, ja... Ji, ji, ji...»

El giro vertiginoso de las silfides me mareaba, me volvía loco... Algunas, al pasar junto á mí, dábanme papirotazos en la cabeza con sus manos livianas y frías... Arreció el murmullo reidor, chancero. Levantéme frenético, empecé á dar voces, traté de coger á una de las ninfas, creí agarrar su ropaje, tiré fuertemente y la traje hacia mí diciendo: «Ven, *Efémera*, quédate aquí.» Pero ella se escapó susurrando: «Volveré, Tito. Soy tu amiga.» En esto oí la voz de mi compañera que á mi lado dormitaba y que á mis gritos habíase

despabilado. Abrazándome tiernamente me dijo: «¿Qué te pasa, muñeco mío? ¿Sueñas, deliras? ¿Por qué llamas *Efémera* á tu Casianilla?»

XIII

Contra lo que sin duda creerán mis compasivos lectores, aquel delirio me sentó muy bien. Acostóme Casiana y me dormí con sueño tranquilo y reparador. Al despertarme, no sé á qué hora, sentí notorio alivio en mi estado general... La oleada de ambiente químico me refrescaba el alma y producía en mis pobres vísceras acción más eficaz que los antisépticos y calomelanos... Cuando el bendito don José vino á preguntarme cómo me encontraba, le dije: «Muy bien, amigo Sagrario. Fíjese ahora en lo que voy á encargarle. Si vienen á visitarme las señoritas *Efémeras*, ó una *Efémera* sola, no haga la tontería de cerrarles la puerta; pásame aviso inmediatamente, que estoy dispuesto á recibirlas. Mucho cuidado, don José, mucho cuidado.»

Casiana y el patrón callaron. Yo, sin ver gota, comprendí que se miraban alarmados y compasivos, como diciendo: *Nuestro pobre Tito, á fuerza de sufrir ha perdido la chaveta...* Omíto los pormenores del proceso patológico, hora tras hora y día tras día, en aquella exis-

tencia de clínica, monotonía y triste... Debo añadir que la imaginación endulzaba mis males, ora tiñendo de color rosa las paredes de mi caverna, ora dejándome ver con los ojos cerrados objetos y figuras enteramente arbitrarios y convencionales. De esta labor anárquica de mi fantasía resultó que, hallándome despierto en mi sillón de paciente resignado, paseábame por las calles viendo todas las cosas como las viera en mis tiempos de perfecta salud, hablaba con los amigos, hacía visitas, y á mi casa tornaba tranquilamente con un paquetito de dulces para Casiana.

Si este regalo de vida ilusoria dábame la imaginación hallándome despierto, ¿qué no me daría en las horas del descanso nocturno, bien arrebuñado entre las sábanas?... Una noche de furiosa tormenta con desaforados truenos y copiosa lluvia, que azotaba las paredes y sacudía los cristales de mi ventana, entraron en mi habitación tres *Efémeras*. Saltonas, risueñas y parlanchinas, tomaron asiento en los bordes de mi cama. Asustado me incorporé y les dije: «¿Por dónde entrasteis, picaronas?» Y una de ellas, acercándose tanto á mí que su aliento frío me dió en la cara, contestó: «Entramos por un cristal roto de la claraboya de la escalera, y aquí nos tienes.» Suscitóse entonces un vivo diálogo que transmito á la posteridad en la forma más concisa:

Yo.—¿Sois espíritus traviesos, maleantes, desligados del gobierno y autoridad de la Madre?

Efémera 1.^a—Somos ninfas libres y desocupadas, dueñas del espacio.

Efémera 2.^a—Llevamos de un confín á otro las razones de la sinrazón.

Efémera 3.^a—Nos divertimos despertando á los dormidos, y adormeciendo á los que se tienen por muy despabilados.

Yo.—(Defendiéndome de los pellizcos y estrujones con que me atormentaban las seis manos de aquellas malditas hembras.) ¿Qué queréis de mí, espíritus desmandados, aviesos? Idos de mi casa, dejadme en paz.»

Furioso me arrojé del lecho gritando: «¡Casiana, Casiana, despierta, levántate, que hay duendes en la casa!» Y las raudas féminas, que ya me parecían harpías, brincaban por la habitación y chillaban desaforadamente. En su algarabía de aves parleras destacóse este concepto: «No busques á tu Casiana. Tu dulcísima compañera se divierte ahora con otro muñeco...» Como loco me abalancé hacia el lecho de Casianilla, colocado en otro testero de la estancia, y palpando en las ropas revueltas advertí que estaba vacío... Desaparecieron las diablasas con revoloteo susurrante, y yo, medio desnudo, caí fatigado en el sillón de la paciencia, sin cesar en mis alaridos angustiosos: «¡Casiana, don José, Nicanora!...»

La primera que vino en mi auxilio fué Casiana, haciéndose de nuevas y asegurando que se levantaba en aquel instante. «Tú no dormías en esa cama—le dije, rechazando sus caricias.—Tú, ausente de mí, te divertías con otro muñeco...» Disputamos un rato. Yo

callé, al fin, guardando mis recelos, con la idea de observar en noches y días sucesivos... Desde aquel inaudito suceso, real ó imaginario, el monstruo de los celos empezó á morderme el corazón...

Al siguiente día, el doctor Albitos, después de un largo cuchicheo que tuvieron con él apartados de mí don José y mi costilla, me recetó bromuro en frecuentes dosis, y cuando me lavaba los ojos con la ducha de vapor y me ponía colirio de atropina para impedir que se soldasen los bordes del iris, díjome cariñosamente: «No sólo hay que proveerse de paciencia, querido, sino también de serenidad y de sentido común para no dejarse arrebatar por ideas insanas, que insubordinan el sistema nervioso y dan al traste con la acción medicatriz. Animo, amigo. Resígnese á no ver nada por ahora, que mejor está el ciego que el que ve visiones.»

Me convenció Albitos por el momento; mas no tardé en volver á mi horrible pesimismo. Creí notar en Casiana cierta displi-cencia ó cansancio, que atenuaba su celo de enfermera... Aplicando después toda mi observación á Segismundo, traté de escrutar por sus palabras y actitudes el estado de su conciencia. Advertí en él menos acritud en la ironía, y un delicado estudio para medir los conceptos y darles estructura familiar y una intención candorosa. Oyéndole, yo decía para mí: «Tu conciencia se ha impurificado. Ya no eres el mismo. Quieres engañarme y no lo conseguirás.»

Con ánimo de sondearle le dije: «Segis, alguna noche de éstas has estado tú en casa sin entrar á verme, y has permanecido en una habitación interior hasta la madrugada ó hasta el día siguiente.» La contestación fué un reir descompasado de Segismundo, y el sostener que yo desatinaba. Pero bien conocí que su risa era fingida, como de histrión que no domina su papel, y del mismo modo aprecié las burlas que, por lo que dije, hicieron de mí Casiana y Nicanora, allí presentes. Ocurrió entonces un hecho que hubo de aumentar mi escama. García Fajardo varió sutilmente de conversación, largándome estas parrafadas que me dejaron atónito:

«Se me olvidaba decirte, querido Tito, que un periódico de gran tirada viene publicando hace días unos artículos, muy bien escritos, que llaman grandemente la atención. No se habla de otra cosa en Madrid.

—¿Y á mí qué me importa que hablen ó no hablen de artículos de periódico que yo no he leído ni podré leer en mucho tiempo? ¿Para qué me cuentas esas cosas, tontaina?

—Te las cuento porque todo el mundo dice que esos artículos son tuyos, y verdaderamente, su estilo y gracia delatan el ingenio de Proteo Liviano.

—¡Qué desatino!... ¿Y de qué tratan los articulejos, que por lo visto son anónimos?

—El asunto, interesantísimo, está tratado de una manera magistral. La tesis es que el Gobierno español no procede con altas miras patrocinando el casamiento del Rey Alfonso

con su prima Mercedes. Si Cánovas, como dice la voz pública, sabe ver el porvenir y presente la España futura redimida de tanta barbarie, debe entablar negociaciones para enlazar á don Alfonso XII con la Princesa Beatriz de Inglaterra, hija menor de la Reina Victoria. En las estipulaciones matrimoniales se reconocerá á Beatriz el derecho de mantener viva su fe protestante al venir á ocupar el trono de España. De este modo se planteaba sobre sólida base el problema de la libertad confesional, y pronto entraríamos en una vida de tolerancia, de cultura, dejando de ser rebaño predilecto del Romano Pontífice.

—Yo no escribí eso, yo no sé nada de eso—exclamé, en tono descompuesto y airado.—Tales enredos son invención tuya para mortificarme.

—No, no. Todos creen que tú eres el autor de los artículos. Por cierto que en uno de ellos dices que ya hubo conatos de negociaciones en la primavera del año pasado, cuando estuvo en Madrid el Príncipe de Gales.

—Quizás cuando vimos aquí á ese Príncipe dije yo algo de eso. Pero no fué más que una idea, un decir, nada... Ahora estoy pensando que toda esa monserga la has escrito tú, Segismundo, y que me la atribuyes á mí para aumentar mis cavilaciones, mis sobresaltos, y hacerme más viva y patente la sensación de mi inutilidad.»

Comprendiendo Segis que yo me excitaba demasiado guardó silencio, dejando el asun-

to para mejor coyuntura. Con ligeros descansos, mis inquietudes tomaron cuerpo en los días subsiguientes. Mi caverna se teñía de un azul intenso algunas veces, otras de un rojo de sangre... Despierto creía notar que eran demasiado largas las ausencias de Casiana. A lo mejor venía con la historia de que su tía Simona estaba enferma del hígado. ¡Así reventaral... Dormido, ó á medio dormir, adquiría la certidumbre de que estaba vacío el lecho de la que fué mi dulce compañera... Mi corazón era ya una piltrafa, destrozado por la mordedura de los celos...

Una tarde siniestra de soledad y sufrimientos, mi exaltación fué tan grande que salí por los pasillos dando gritos y tropezan lo en las paredes. Ido vino á mi encuentro para contenerme y llevarme de nuevo á mi cuarto, y las expresiones melifluas de su filosofismo angelical fueron el fulminante que hizo estallar mi cólera: «Déjeme usted... No me toque... Usted me ha vendido, usted es un traidor... Quítese de mi presencia. En su casa se ha labrado mi deshonra... Le tenía á usted por un santo, y resulta usted un alcahuete... Atrás, villano... Déjeme en paz.» Me arrojé en la cama, ocultando mi rostro entre las almohadas, y oí los gemidos del pobre Sagrario que lloraba como una Magdalena.

Pasado un mes, pienso que no entero, de sufrimientos horribles más en lo moral que en lo físico, sobrevino el extraño incidente que á continuación se narra. Antes debo indicar que á ratos iniciábase ligero alivio en mi

dolencia de los ojos. La percepción luminosa cada vez era mayor, y refugíandome en una casi obscuridad podía distinguir vagamente los objetos de más bulto. El amable y gracioso Albitos me vaticinó que antes de tres ó cuatro semanas mi retina cumpliría como buena ejerciendo las funciones que le asignó Naturaleza. Pero no contaba el buen doctor con las aventuras de mi dislocada imaginación, lanzándose sin freno ni paracaídas á los espacios novelescos. Una tarde ó noche, no lo sé, hallándome solo en mi caverna teñida de color violeta con franjas de oro, vi que á mí se llegaba una mujer. ¡Ay! era *Efémora*, la buena, la estatuaria, la que en Tafalla y Madrid me trajo dulces mensajes de mi adorada Madre. La reconocí al sentir en mi hombro su mano marmórea. Alargué la mía para coger su túnica, y advertí que sobre ésta llevaba un delantal casero.

«Aunque te has puesto el delantal de Casiana—dije yo,—bien te reconozco, *Efémora*.» Tras breve pausa, la fantasma pronunció estas apagadas voces: «No soy *Efémora*. Tampoco soy Casiana, aunque lleve su delantal para ser tu servidora y enfermera.» Yo callé, atontado y confuso, y mi perplejidad subió de punto cuando escuché este otro concepto: «¿No me conoces por el acento, pobre Tito? ¿Tendré que decirte mi nombre? Soy *Leona la Brava*.»

La gentil aparición se sentó junto á mí y, echándome su brazo por encima de los hombros, me habló de esta manera: «Vengo á tu

lado para cuidarte y servirte en sustitución de la mujer desleal que te abandona seducida por el ingrato Segismundo...» Algo debí yo responderle, quizás expresando consternación ó vergüenza por la desdicha que me anunciaba. Insistió ella en su afirmación, prosiguiendo así: «A tu lado me tendrás, si quieres, hasta que recobres la vista y la salud. Si una compañera de amor y de caridad has perdido, en mí tienes otra más solícita y fiel que esa desventurada recogida por ti del arroyo.» Tuve un momento de horrorosa duda; pero no tardé en recobrar toda la fuerza de mi arrebatada inventiva genial. Como yo me asombrase de que *Leona* descendiera de su posición rumbosa, para unir su existencia á la de un hombre enfermo y casi pobre, la dama de Mula me dió esta explicación de su actitud humilde:

«Debí empezar por decirte, Ti'ín salado, que hace algún tiempo me despeñé de aquella cumbre de bienestar y lujo jactancioso en que me viste antes de caer enfermo. Reñí con Alejandrito, ¿no lo sabías? Te contaré el caso con descarnada sinceridad. *J'adore la vérité. Je hais le mensonge*. Al dichoso Alejandrito le daré lo suyo, que no es poco: hombre más impertinente y más chinche no ha nacido de madre; y á mí me daré lo mío, que es más grave... Pues, hijo, apestada de *mon bourgeois* tuve una tentación... cosas del temperamento, de la ociosidad... En fin, chico, que me colé demasiado, y cuando *mon vieux* se enteró de que yo le había puesto en

la cabeza unas cositas puntiagudas... que no traen gran malicia cuando los hombres no son casados... figúrate la trapatiesta que se armó. Total, que caí de mi escabel dorado. Como yo me había hecho al lujo y á la *bonne chère*, me vi en el caso de vender algunos muebles y empeñar alhajas para seguir viviendo á mi modo. Aunque aún no me tienes enteramente tronada, camino de eso voy. A pesar de mis tropiezos soy siempre una mujer buena, y vengo á tu lado para renovar nuestro cariño y practicar las obras de misericordia.»

Apenas empecé yo á comentar tan vulgar historia, *Leona* me pidió que siguiese escuchando, pues aún faltaba la segunda parte. «Es el juego de la vida humana—dijo,—el eterno balancín, el vaivén de las prosperidades y las miserias. Cuando yo me precipitaba en la desgracia, tu Casianilla subía de golpe á grandezas que nunca pudo soñar. Has de saber que tu dulcísima cuanto traidora compañera, inducida por esa lagarta de Simona, ha cobrado á toca teja todos los atrasos de su sueldo como Inspectora de Escuelas. Para ello ha tenido que mover ciertas influencias altas y bajas el pillastre de Segismundo, *le démon ironique*.

»¡Menuda suerte la de esos bribones! Mientras la señorita Conejo embolsaba buenos duros por un empleo que nunca desempeñó, Segis pescó un magnífico destino en el Ministerio de Ultramar. ¿No lo sabías? Pues el Marqués de Beramendi le pidió á Cánovas esa

bicoca, y don Antonio al instante... pum, pum... Como comprenderás, ahora están en grande. La Conejo lleva brillantes en las orejas y García Fajardo fuma puros de á peseta. Han tomado un piso en la Costanilla de los Angeles. ¿Ves qué vueltas da el mundo, Tito?

—Sí, sí, qué vueltas tan horribles...—exclamé yo.—Vueltas damos todos... todos...» Me sentí anonadado, me faltaba la respiración... Púseme en pie, giré sobre mí mismo y caí redondo al suelo...

XIV

Después de aquel que yo no sabía si llamar suceso, fenómeno, pesadilla ó caso real, caí en un estado parecido á la idiotez. Hablaba muy poco, no sólo por desgana de conversación sino porque sentía dificultad para articular las palabras. Advertí que Albitos mostrábase intranquilo respecto al curso de mi dolencia cerebral: la de la vista iba indudablemente mejor. Ya no tenía yo dolor en las sienes ni escozor en los ojos, ya veía un poco más. Pero hacíase imposible distinguir las facciones de la mujer que me servía. ¿Era Casiana, era *Leona*? ¿Era una sola que cambiaba de rostro á cada momento? Tocábale yo las orejas para ver si tenía brillantes. Mi olfato buscaba en sus vestidos el perfume que solía usar Leonarda. En las visitas de los amigos

que iban á mi casa tampoco pude discernir si entre ellos hallábase Segismundo, pues las voces de todos me parecían la misma.

Una noche de largo insomnio me levanté á palpar el lecho de mi enfermera. No estaba vacío.

Pregunté: «¿Eres *Leona*?»

Y la respuesta fué: «Sí, soy *Leona*. Déjame dormir.»

Las pérdidas de sueño durante la noche cobrábamelas por el día durmiendo á pierna suelta. No sé cuándo me sacó de mi hondo letargo una mano que tocaba mi frente, mano fría y marmórea.

«¿Eres Casiana?—pregunté á la persona que me despertó.

—No. Casiana se fué de paseo con su marido.

—¿Eres Leonarda?

—No. Leonarda ha salido á comprarte las medicinas que hoy recetó Albitos.»

La mano de mármol cogió la mía, y tirándome del brazo me incorporó en la cama. Al propio tiempo, una voz de dulcísimo timbre me dijo: «¿No me has conocido? Soy *Efémera*, la fiel y amable, la de Tafalla, la mensajera de *Clio*. Levántate y obedéceme.

—¿Qué tengo que hacer?

—Vestirte para una visita y venir conmigo adonde yo te lleve.

—¿Pero cómo he de salir yo, ciego, enfermo?

—Te digo que me obedezcas, que me sigas y calles.

—Mi ropa ¿dónde está?

—Aquí la tienes—dijo poniendo sobre la cama todas las piezas, sin que faltase una.

Mientras me vestía vi muy clara la figura estatuaria, con su helénico rostro y el sutil ropaje negro. Era mi *Efémera*, la ninfa predilecta, la que me llevaría quizás á los brazos de mi excelsa Madre. Con arte mágico me vestí, sin que me faltara ninguna prenda ni se me olvidase el menor detalle. Por el mismo arte maravilloso y taumatúrgico me condujo *Efémera* de la mano, sacándome no sé si escaleras abajo, ó escaleras arriba por la claraboya de cristales. Lo cierto fué que me encontré en la calle bueno y sano, como en mis mejores tiempos, viendo claramente todas las cosas, alegre y muy orgulloso de llevar en mi compañía una estatua griega. Todo cuanto hallé á mi paso era de una perfecta naturalidad. Tan sólo me parecía ilógico y absurdo que los transeúntes no se fijaran en que iba yo acompañado de una señora de mármol, sin más ropa que el vaporoso túnico negro.

Pian pianino, cambiando frases cortas y vulgares, llegamos á la calle de Alcalá y de rondón nos introdujimos en la Presidencia del Consejo, sin que los guardias civiles que custodiaban la puerta pararan mientes en el ser fantástico que iba conmigo. En la escalera oscura y angulosa me encontré solo, y solito llegué á la puerta de la Subsecretaría, á punto que por ella salía Fernández Bremon con un fajo de papeles. «Qué caro te

vendes, Titc—me dijo el sagaz periodista.—Puedes pasar. Aunque Saturnino no está solo, él te dirá si el Presidente te recibe al momento, ó si tienes que esperar un rato.»

En el despacho de Esteban Collantes tertuliaban unos cuantos señores de esos que van á las oficinas á matar el tiempo rumiando la comidilla de la actualidad política. No más de un cuarto de hora permanecí en aquella sociedad *charlamentaria*, deslizandó algunas palabritas en la ociosa conversación. Cuando me llegó la vez, Esteban Collantes me condujo al salón presidencial, al tiempo que se retiraban el Marqués de Orovio y el Conde de Toreno. Y héme aquí, lectores cachazudos, crédulos y traga bolas, en el despacho *del monstruo*, hablando mano á mano con él en el diván frontero á la mesa escritorio.

Empezaré por decir que olfateaba yo el ambiente, creyendo rastrear la persona invisible de la Madre *Clio*. Dábame en la nariz el delicioso y peculiar olor suyo. No sé si os he dicho que mi Madre gastaba en sus ropas un solo perfume, el aroma exquisito de los tomillos del monte Hymeto.

Entrando en materia sin preámbulos, como buen tasador del tiempo, don Antonio me dijo: «He leído los artículos de usted. Yo leo todo escrito que tiene entre sus líneas una intención recta y sana, aunque el autor, dejándose arrastrar de las seducciones de la forma, no penetre en las entrañas de la realidad, que no está nunca en la superficie. Ha tratado usted con sumo arte y donosura el

asunto del casamiento del Rey. Escribe usted muy bien, y la gallardía con que eleva sus miras hacia la Historia me encanta. Pero ha de permitirme que á sus opiniones oponga las realidades indestructibles que para tan complejos problemas nos ofrece la constitución interna de nuestro país.»

Bien claro vi que se trataba de los trabajos periodísticos cuya paternidad me había colgado Segis. Con gran agilidad de espíritu me declaré modestamente autor de los artículos, sin que pudiera pecatarme de la ocasión y lugar en que hube de escribir semejantes cosas. Para no hacer el ridículo dejé correr el engaño y seguí prestando atención al gran don Antonio, que continuó de esta manera:

«Si en algunas afirmaciones se ha equivocado usted, en otras ha tenido un feliz acierto. Hubo en efecto negociaciones para traer al solio de España á la Princesa Beatriz de Inglaterra. Cuando tuvimos aquí al Príncipe de Gales planteé yo el asunto. Pero debo decirle que lo inicié tímidamente, movido de un ideal histórico que siempre me sedujo, aunque nunca dejé de prever las dificultades de tan audaz empresa. No pasaron aquellas tentativas de una exploración que pronto quedó terminada, pues apenas llegamos á tratar del cambio de religión para que la Princesa de Inglaterra pudiera ser Reina de España, se vió la imposibilidad de llegar á un acuerdo. Nos hallábamos ante un nudo imposible de desatar, porque el puritanismo

protestante es tan fanático como nuestro catolicismo. En cuanto la Reina Victoria se enteró de que su hija tenía que hacerse papista para ser nuestra Soberana, cerró la puerta á toda inteligencia. Esto no se hizo público; por el contrario, se guardó un secreto escrupuloso para evitar el estallido de un turbón ultramontano que sabe Dios á qué extremos de violencia habria llegado.

—¿Y cree usted, señor don Antonio—me atreví yo á decirle con el mayor respeto,— que si la Reina Victoria hubiera mirado con buenos ojos el cambio de religión de Beatriz habriase producido aquí alguna tormenta clerical?

—Seguramente, sí. Pero esa la hubiese sofocado yo. Respondo de ello.

—También he dicho en mis artículos—manifesté codeándome con el ilustre estadista—que el matrimonio anglo-español ofrecía dificultades con abjuración ó sin ella; pero luego sostuve que el problema confesional, el gran problema hispánico, no podía ser abordado y resuelto aquí más que por un hombre que ha venido á ser dueño de todas las voluntades: este hombre es don Antonio Cánovas del Castillo.

—Ay, amigo—dijo el jefe de la Situación, afirmando los lentes en el caballete de su nariz;—no me suba usted un punto más de la altura en que me han puesto las circunstancias, ni me atribuya un poder omnímodo sobre la opinión, que no podrá nunca lograr quien no posea dotes sobrenaturales. Abata

usted un poco su fantasía, y véngase conmigo á examinar de cerca el ser interno de nuestra patria. Esta vieja nación, con sus glorias y sus tristezas, sus fuerzas y sus recuerdos, sus instituciones aristocráticas y populares, y su extraordinario poder sentimental, constituye un cuerpo político de tan dura consistencia que los hombres de Estado, cualesquiera que sean sus dotes de voluntad y entendimiento, no lo pueden alterar. El alma de ese cuerpo es igualmente maciza, petrificada en la tradición y desprovista de toda flexibilidad. El único gobernante capaz de llevar á esa alma y á ese cuerpo á un nuevo estado de civilización es el Tiempo, y yo seré todo lo que usted quiera, amigo Proteo, pero el Tiempo no soy.

—Me conformo con esa opinión fatalista por ser de usted. Pero es triste cosa en verdad que España tenga que subsistir largo tiempo bajo un poder extraterritorial que entorpece y ahoga todos sus alientos, y ata sus manos y sus pies con el cordón dogmático, inutilizándola para emprender nuevas direcciones de vida. Esto dije en mi último artículo, y esto repito ante usted, suplicándole que sea benévolo con mis audacias.

—Admito las audacias como labor sintética y teorizante, como un bosquejo artístico de la Historia del porvenir. Mas yo no teorizo, yo gobierno, señor Liviano, y como gobernante estoy amarrado por los ciento y tantos cordones de la realidad. De mi gestión depende que ese ser interno que he descrito á

usted no se convierta en elemento trágico. Mi deber es sofocar la tragedia nacional, conteniendo las energías étnicas dentro de la forma lírica, para que la pobre España viva mansamente hasta que lleguen días más propicios. No podemos marchar á saltos, ni con trompicones revolucionarios. Las algaradas y las violencias nos llevarían hacia atrás en vez de abrirnos paso franco hacia un adelanto remoto.

—También escribí que aplicando con firmeza las Regalías de la Corona ó del Estado, un Gobierno fuerte y hábil podría contener al Papa dentro de su esfera espiritual, y atajar sus intromisiones vejatorias en el régimen interior de los pueblos.»

Cuando esto decía yo sentí más intenso el olor de la Madre, la fragancia de los tomillos del monte Hymeto. Después de vacilar un instante, don Antonio habló así: «Mucho tiempo será menester hoy para desenvainar en nuestra edad la espada que esgrimieron Carlos V, Felipe II y Carlos III contra diferentes Papas, desde Clemente VII hasta Clemente XIV. Aquellos Monarcas eran de más fuste que los que ahora tenemos, y el Papa de hoy, desposeído del poder temporal, aprieta furiosamente las clavijas del mecanismo dogmático con que gobierna las conciencias católicas. Yo procuro por todos los medios fortalecer el poder real, debilitado por las agitaciones revolucionarias y por las propagandas de los ambiciosos de bajo vuelo. Y si en este reinado y en los siguientes mantiene su

fortaleza el poder real, será obra fácil reducir y someter al poder eclesiástico.

»Por lo demás, hemos resuelto del modo más feliz el asunto interesante del casamiento del Rey. ¿Qué nos importan las majaderías del inquieto Montpensier, ni la palinodia que ha tenido que cantar para poner á su hija en el trono de España? Hemos doblado esa hoja triste de las querellas dinásticas. Los resquemores de doña Isabel han ido á parar á la cesta de los papeles rotos. Esa buena señora no tiene derecho á trazar una página rencorosa en los anales contemporáneos. Ningún efecto nos han hecho las ridículas bravatas de mis buenos amigos los *moderados* de la vieja cepa, ni el discurso del pobre Moyano sacando á relucir un texto arcaico y manido de Donoso Cortés. Lo importante es que la Infanta Mercedes, futura Reina de España, atesora las cualidades más bellas: linda, modesta, dócil, amable, inteligente, apenas lanzado su nombre en el remolino de la opinión, se ha hecho popular. ¿Qué más podemos apetecer? Reina bonita, discreta, popular... *Por lo demás...*»

Dejé de percibir la voz de don Antonio. Después vi su figura en pie, desvanecida, alejándose de mí. El grande hombre se hallaba en un salón lujoso, rodeado de damas elegantes, Marquesas y Duquesas que le agasajaban solicitando su conversación ingeniosa, amenísima, á veces cáustica. Entre aquellas señoras creí ver á la dama de Mula, y seguramente vi á *Mariclio*, fastuosa, calzada

con el alto coturno. Pasó á mi lado inundándome con su fragancia helénica.

Lo más extraño fué que detrás de la Madre vino hacia mí Casiana. Al verla empecé á dar voces, y entonces sentí que me sacudían los brazos diciéndome: «Despierta, hijo, que ya has dormido más de la cuenta.» Mis primeras palabras al abrir los ojos fueron: «¡Ah, qué delicioso olor á tomillos!» Casiana me acercó al rostro un ramo de estas aromáticas hierbas. «¡Déjame gozar de aroma tan delicioso!—exclamé yo.—¡Ay, pero esas plantas no son del monte Hymeto!

—Son de la Casa de Campo.

—¿Vienes tú de allí, chiquilla?

—No, hijo, no. Esto me lo trajo Nicanora que fué allá con varias amigas á visitar á un guarda, pariente suyo.

—¡Oh, la Casa de Campo! Allí estarían paseando la Infanta Mercedes y el Rey Alfonso, que son novios y se van á casar pronto, ya lo sabes. La futura Reina es simpática, humilde, linda, y apenas se habló de su boda se hizo popular.

—Todos hablan bien de ella menos Segismundo, que está con la tecla de que por ser hija de Montpensier debían haberla puesto á cien leguas del trono de España. El demonio de Segis y otros tan locos como él, ya lo oíste noches pasadas, querían que nos trajeran aquí una *protestanta* para casarla con don Alfonso.

—Cánovas me ha dicho que la idea es hermosa. Pero que se opone á realizarla *el ser*

interno... ¿lo entiendes?... el cuerpo y alma de esta Nación, que es Católica hasta los tuétanos. Don Antonio teme que el ser interno se le vuelva trágico, y trata de irlo conllevando por lo lírico hasta que, fortalecido el poder real, etcétera... En suma, Casianilla de mis pecados, que ha de llover mucho hasta que los Gobiernos de esta tierra puedan decirle al amigo Pío, ó á sus sucesores: Tente allá, Papa, que los españoles ya sabemos salvarnos cada cual á su modo.»

XV

Desde aquel día, que en mi mente quedó marcado con el recuerdo de los tomillos del monte Hymeto, avancé rápidamente en la curación de mi vista. La horrenda *Queratitis*, que había sido mi suplicio en gran parte del año 77, se apartaba de mí, se retiraba, se iba. Tan acertado estuvo Albitos en devolverme la luz de los ojos como en el régimen y medicinas aplicadas para librar á mi cerebro del desorden anárquico. Gracias á esto no tardaron en deshacerse por sí mismas las fábulas que mi intelecto, lanzado á un delirio de Carnestolendas, forjó para embromar á la razón.

La quimera que más tardó en disiparse fué la de *Leona la Brava*. Mas tuve la suerte de que ésta viniera un día á visitarme, no ha-